



## 11 / Experiencias

# 11/1

## Un largo camino de la angustia a la esperanza.

Vicente Ramón,

Usuario de Santa María de la Paz. Madrid.

Hasta ahora hemos escuchado la teoría, pero la visión de un problema social tan importante como es el de las personas sin hogar y en riesgo de exclusión social no estaría completa sin un testimonio de alguien que haya sufrido esa situación en su propia carne, un testimonio en primera persona, que no pretende nada más que poner de manifiesto como la vida nos puede llevar, a nada que nos descuidemos, a recorrer **un largo camino de la angustia a la esperanza.**

Desde aquel día de mayo en que se materializaron en toda su crudeza mis miedos y por tanto mis problemas, había podido sentir una debilidad que, lenta pero inexorablemente iba en aumento día tras día, apoderándose de mí sin posibilidad ni ganas de evitarlo.

Tras varias semanas viendo como mi vida se iba desmoronando a mí alrededor, había llegado a estar demasiado cansado para intentar solucionar ninguno de mis problemas, que no eran pocos. Ni tan siquiera encontraba la fuerza necesaria para pensar en ellos

Me sentía completamente perdido y absolutamente vacío, y en esos momentos incluso llegué a pensar que todo era una cruel jugada del destino. Era entonces cuando llegaba a sentirme tan mal, que todo mi cuerpo me dolía de los pies a la cabeza y parecía decirme: ¡Hasta aquí hemos llegado!

Paseaba por Madrid como un fantasma, sin levantar los ojos del suelo por vergüenza y miedo a encontrarme con alguien conocido, y las personas con las que me iba cruzando, unos fantasmas agresivos y desconocidos cuyas miradas sentía clavarse en mí a cada paso que daba. Tenía miedo, mucho miedo.

Los días pasaban y yo me preguntaba constantemente porque Dios me había abandonado, y no solo El, también mis padres y a mis abuelos, mis “**muertecitos**”, como yo los llamaba y aún sigo llamando cariñosamente. Habían dejado de cuidarme y protegerme, sin querer reconocer

que era yo quien había dejado que los problemas me sobrepasaran sin ser capaz de enfrentarme a ellos. Era más fácil culpar a alguien que reconocer mi parte de culpa en todo lo que estaba ocurriendo, y culpar a alguien que no podía defenderse no solo era más fácil, sino que también era infinitamente más cómodo y más, mucho más cobarde.

Aún no había tocado fondo, y lo peor era que ni siquiera podía saber hasta dónde llegaría en mi caída libre.

Llegó el verano y ya no era dueño de la situación. Los acontecimientos se iban sucediendo uno tras otro sin control. Una noche al regresar a casa, tras otro día deambulando sin rumbo fijo, y tras haber conseguido malvender algunos objetos que me permitieran sobrevivir unas semanas más, comprobé que habían cortado la luz por falta de pago.

Unos días antes me habían cortado el teléfono y con el teléfono, Internet, y aun así, no fui capaz de reaccionar. Seguía hundiéndome y no me daba cuenta de que era yo y sólo yo quien estaba permitiendo la caída. Finalmente me cortaron también el gas, y pasé a ducharme con agua fría, pero como era verano, tampoco me importó demasiado.

Seguía escondiéndome, no queriendo ver la realidad y finalmente un día de finales de agosto, decidí que no era capaz de seguir, había llegado al límite de mis fuerzas. Hablé con Dios y con mis “**muertecitos**”, les pedí perdón por haberles culpado de todos mis males y cuando me sentí en paz con todos y un poco también conmigo mismo, pensé que había llegado el momento de tomar una decisión radical. Felizmente no ocurrió nada irreparable

Finalmente, una noche al regresar a casa no pude entrar. Los propietarios se habían decidido a actuar y habían cambiado la cerradura. Estaba en la calle. Intente hablar con ellos, pero no hubo forma, me evitaban y no les faltaba razón para ello.

Esa semana fue sin duda una de las peores de mi vida, durmiendo en la calle, aseándome en los baños de tiendas, grandes almacenes y bares y dejando que pasara la noche para que abriera el metro y poder entrar en calor.

Ya no me quedaba dinero, ni tenía posibilidad de conseguirlo a no ser que me decidiera a pedir o a robar y no me sentía capaz de ninguna de las dos cosas.

Tampoco sabía entonces nada acerca de comedores sociales, albergues y otras posibilidades que me permitieran sobrevivir. Me convertí en un cadáver social, un auténtico espectro que se dedicaba a vagar por las calles sin saber ni qué hacer ni a donde ir, hasta que un buen día comprendí que aún no había llegado mi hora, que todo lo que me estaba ocurriendo tenía un propósito que yo seguía sin comprender, pero que acabaría por hacerlo.

Tenía que seguir viviendo y hacer algo para salir adelante. Ahora tocaba luchar con todas las fuerzas que me quedaban para recuperar mi vida, una vida que había llegado a dar por perdida. Había tocado fondo.

Pensé que debía pedir ayuda a la familia y a los amigos, una ayuda que hasta el momento no había pedido, un poco por vergüenza y, porque no reconocerlo, en bastante medida por orgullo.

Lo que en principio parecía una buena idea, acabó por convertirse en una pesadilla y comprobar que, en situaciones como esta, los amigos y la familia dejaban de estar ahí, simplemente se desentendían del problema, no querían ni verlo y miraban hacia otro lado. Para ellos, había dejado de ser una persona para convertirme en un problema.

Llegue a escuchar las excusas más peregrinas y sin sentido, para desentenderse y no prestar ningún tipo de ayuda. Sin duda alguna la más recurrente era: “**Todos tenemos problemas, no eres tú el único**”. Y así, con esa frialdad, daban por zanjado el tema, daban media vuelta

y regresaban a la seguridad y la comodidad de sus hogares. El caso más duro, fue el de un primo hermano y su mujer, que en un principio me acogieron en su casa sin acabar de entender nada de lo que había ocurrido.

Yo intentaba explicárselo lo mejor que podía, pero la expresión de sus caras mientras me escuchaban, y sus miradas, me decían que nada de aquello iba a funcionar y así fue.

A los 4 días, tras una monumental bronca en la que me reprocharon, entre otras muchas lindes, que era un sinvergüenza y que estaba jugando con el pan de sus hijos, me fui sin mirar atrás y hasta la fecha no he vuelto a saber nada de la única familia que me quedaba.

De nuevo estaba en la calle cuando alguien me habló del Albergue de San Juan de Dios, de modo que hacia allí dirigí mis pasos una fría y desapacible mañana del mes de octubre del año 2012.

No tenía nada que perder y pensé que merecía la pena intentarlo. Fui admitido y a partir de ese momento comencé a remontar, a rehacer día a día mi vida. Tener asegurado un lugar donde dormir y poder asearme, donde desayunar y cenar, fue para mí una auténtica tabla de salvación y quiero dar las gracias a todas las personas, desde mi trabajadora social que llevo mi caso, hasta los hermanos de San Juan de Dios, pasando por los voluntarios, colaboradores y algunos compañeros, que desde mi ingreso en el albergue y durante toda mi estancia, de una forma u otra me prestaron una ayuda sin la cual, seguramente hoy no estaría aquí. Fueron casi 8 meses, cuando en principio se suponía que no serían más de 2 o 3. ¡¡¡Un auténtico regalo del cielo!!!

Comencé a escribir todos y cada uno de mis pensamientos, la mayoría de ellos llenos de tristeza, fatalismo, pesimismo y también, porque no decirlo, de rencor, un infinito rencor hacia todas aquellas personas que de algún modo, pensaba que me habían abandonado a mi suerte. Escribir me relajaba y de hecho a partir de

entonces no he dejado de hacerlo. Lenta y tranquilamente conseguí ir cerrando una puerta tras otra, dejando fuera aquellos recuerdos y aquellas personas, que me resultaban altamente nocivas y tóxicas. Estaba protegiéndome, me estaba cubriendo con una especie de coraza, cuyo único objetivo era hacerme sentir menos vulnerable.

A partir de ahí, todo fue mejorando: conseguí recuperar algunas pertenencias, acudí a varios cursos impartidos en Hermandades del Trabajo, me propuse obtener la ayuda correspondiente a la Renta Mínima, viéndome inmerso en la vorágine administrativa que ello acarrea y que conseguí superar paso a paso gracias a la inestimable ayuda de la Asociación Realidades, y, sobre todo, conseguí tener la cabeza ocupada.

La lectura, que siempre había sido una de mis grandes aficiones, se convirtió en mi tabla de salvación, devorando un libro tras otro sin parar.

Lo único que llevaba realmente mal y en algunos momentos no conseguía superar eran las ausencias, los silencios y los abandonos de amigos y familia.

El balance comenzaba a ser positivo, muy positivo, a pesar de seguir sintiendo que el control de mi vida aún no estaba en mis manos, aunque pensándolo bien, ese control tampoco me había servido de mucho, no es que me hubieran ido demasiado bien las cosas.

Lo que sí había recuperado era la sensación de seguridad que había perdido durante mi naufragio, estaba recuperando el optimismo, la esperanza en un futuro mejor y las ganas de vivir.

Y de este modo llegué a Santa María de la Paz. Todo empezó una fría mañana de invierno, con ese frío seco y cortante como cuchillas propio Madrid. Tenía cita con mi trabajadora social. En principio iba a ser tan solo un control para ver cómo iban mis asuntos, y mientras charlábamos surgió la posibilidad de un traslado. Estábamos comenzado a pensar en Santa María de la Paz.

Esta opción nos pareció la más adecuada, dado que el tiempo en el albergue se me estaba acabando, así que, decidimos que en cuanto hubiera una plaza libre me trasladaría al que, en tan solo unos meses sería mi nuevo hogar.

He de confesar que al principio me costó encontrar mi sitio. Todo me resultaba extraño, todo era nuevo, todo, me resultaba ajeno, complicado, diferente.

Me sentía fatal, desanimado, desorientado, sin ganas ni ánimos para nada. Pero como no hay mal que cien años dure, poco a poco me fui adaptando, fui comenzando a apreciar las bondades del centro, que finalmente no han sido pocas, llegando en poco tiempo a encontrarme razonablemente feliz.

Una vez más, los libros, en este caso los de la biblioteca del centro, de la que me hice cargo al poco de llegar, fueron mi refugio, junto a la escritura, esta vez en un blog sobre temas estrictamente madrileños que llevo desde entonces.

De esos primeros días, recuerdo especialmente una charla con el hermano Juan Antonio de Diego, que me ayudó mucho más de lo que ninguno de los dos hubiéramos podido imaginar en aquel momento.

Le conté lo angustiado, lo triste que me sentía, porque todos los días le pedía a Dios que me ayudara y me enseñara el camino del perdón. Sentía en el fondo de mi corazón que necesitaba perdonar a todos los que me habían hecho daño en los últimos meses, pero me resultaba imposible, simplemente no podía.

Tal vez había olvidado como perdonar y eso me estaba impidiendo avanzar. Estaba bloqueado. Rogaba a Dios una y otra vez, que me concediera esa gracia, pero parecía no escucharme.

El consejo que me dio, fue muy sencillo, pero de gran ayuda: antes de intentar perdonar a los demás, debía mirar en mi interior e intentar no culparme a mí mismo por los errores cometidos

en el pasado, de lo contrario sería muy difícil que pudiera algún día llegar a perdonar a los demás. Y era cierto, no debemos culparnos por los errores cometidos en el pasado, pero sí que es conveniente no olvidarlos, o de lo contrario, volveremos a caer en ellos y entonces, mucho me temo que sí seremos culpables.

2014 y 2015 fueron dos años llenos de luces y sombras, una auténtica montaña rusa. Por un lado encontré un trabajo en una librería de viejo, que disfrute enormemente hasta que me di cuenta de que realmente era un trabajo envenenado, y mientras tanto pude alquilar una habitación en un piso compartido retomando el control de mi vida.

Finalmente ante los riesgos que implicaba seguir en la librería decidí, que lo mejor era dejarlo. Además, hacía unos meses que no me encontraba bien de salud. No sabía que ocurría, pero me encontraba muy débil y me cansaba al mínimo esfuerzo.

Y así, regrese a Santa María, donde, desde que entre por la puerta en un estado realmente lamentable (me había quedado en menos de 50K) todos desde los trabajadores del centro hasta los voluntarios, pasando por los compañeros, se portaron conmigo de un modo realmente excepcional. Me cuidaron y me hicieron sentir muy querido por primera vez en mucho tiempo. Pero la enfermedad seguía su curso y yo cada día estaba más débil. Estaba convencido de que me estaba muriendo.

Fue la víspera de la Virgen de la Paloma, cuando el hermano Juan Antonio me vio tan mal, que decidió que al día siguiente tenía que ir, si o si, a urgencias. Recuerdo que esa noche, antes de dormirme o quedarme inconsciente, aún no lo tengo muy claro, me encomendé a la Virgen con estas palabras: Virgen de la Paloma, que sea como tú quieras.

Al día siguiente me ingresaron y allí me quede durante casi 2 meses en los que las visitas fueron muy frecuentes, aunque seguía habiendo

LH n.319

ausencias. La salud fue mejorando lentamente, y a pesar de que en un principio los médicos no creían que me salvara, fui recuperándome poco a poco hasta que 6 meses más tarde logré lo que a me pareció un verdadero milagro: me había recuperado casi al 100%.

Por fin, en julio de 2016, llegó la recompensa a tanto esfuerzo por parte de todos, las personas que me han ido ayudando día tras día y al mío propio, con una fortaleza que ni yo mismo sabía que tenía.

A través de unos amigos conseguí un trabajo estable y razonablemente bien remunerado, que me permitió recuperar el control de mi vida y dejar de depender de los demás para subsistir. Por fin, después de casi cuatro larguísimos años, he vuelto a sentirme razonablemente fuerte y seguro y he vuelto a sentir lo hermoso que es vivir.

He aprendido a perdonar y sinceramente creo que este ha sido uno de mis logros más importantes y estoy convencido de que todo lo sucedido ha sido un regalo, una segunda oportunidad que se me ha ofrecido con el propósito de ayudarme a reflexionar sobre mi pasado, mi presente y mi futuro, para tomar las decisiones más acertadas acerca del camino seguir.

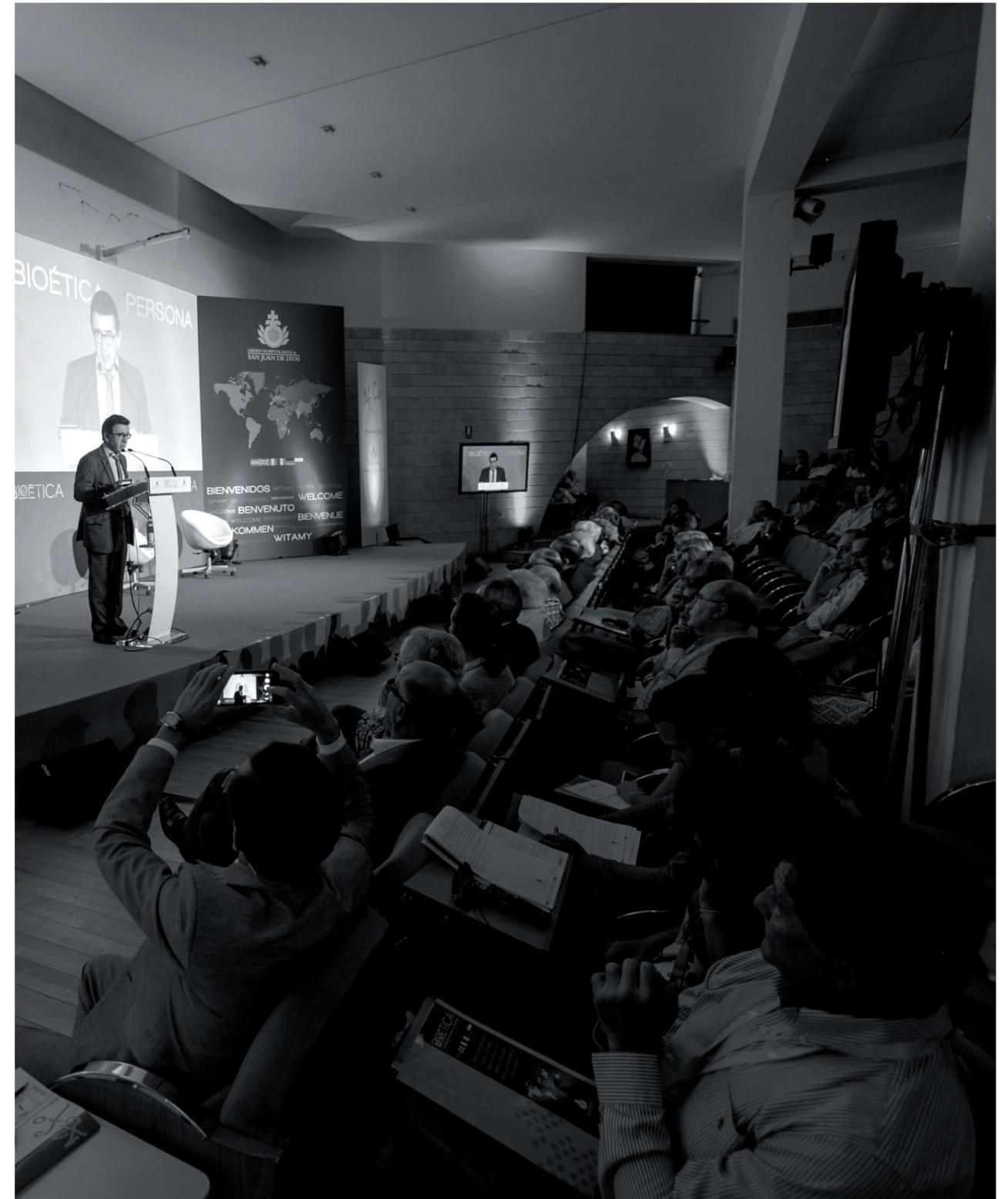
Pero aun con todos estos avances, soy consciente de que aún debo apaciguar ciertos fantasmas, arrojar lejos de mi vida algunos diablos que aún me acechan y dejar a un lado la necesidad de rememorar una y otra vez los recuerdos de un pasado dulce y espléndido, pero ya tristemente perdido.

El pasado es como la leche derramada que ya no se puede recoger de nuevo. En este momento de mi vida, lo importante es el presente, el día a día que me conducirá a un futuro que solo Dios sabe cuál será, pero que se va aclarando y se muestra prometedor, más confortable, mucho más tranquilo y más estable.

Y ya para terminar, me gustaría dar las gracias,

no sólo a todas las personas que me han ayudado y me han dado su apoyo de forma incondicional durante estos años, algunas aquí presentes, sino también a aquellos que se han alejado o incluso me han puesto la zancadilla, que de todo ha habido. De todos y cada uno de ellos he aprendido una lección impagable, algunas realmente duras, que nunca olvidaré.

!!!Gracias!!!



# 11/2

## Formando enfermeras en Sierra Leona. Una experiencia ética en el programa de hermanamiento.

Jennifer Suárez Torrens,  
Profesora colaboradora Campus  
Docent Sant Joan de Déu. Barcelona.

El programa de hermanamiento entre el Campus Docent Sant Joan de Déu de Barcelona y la Escuela de Enfermería de Mabesseneh en Sierra Leona, comenzó en 2008, y desde entonces las acciones solidarias entre ambos centros han ido en aumento.

Junto a otras entidades de la Orden Hospitalaria, colaboramos en la implementación de un plan de estudios para enfermeras registradas (State Registered Nurse, SRN) cuyo objetivo principal es el fortalecimiento de la profesión en el país. Este plan de estudios ayuda a los estudiantes a obtener mayores competencias en la profesión y les permite trabajar en hospitales y servicios de atención primaria, con mayor autonomía.

De 13 escuelas de enfermería que existen en el país, sólo tres ofrecen este tipo de programa. La Escuela de Enfermería de Mabesseneh es una de ellas. Pero ¿qué hemos aprendido en estos años?

Cuando hablamos de programas de hermanamiento internacionales debemos considerar los aspectos éticos que se pueden encontrar: un país diferente, una cultura diferente, un idioma diferente y una sociedad diferente.

Hoy, estoy aquí para presentaros dos historias, a las cuales hemos dado una solución ética como institución, de acuerdo a los valores que representamos, los valores de la Orden de San Juan de Dios.

En una reunión con mis alumnos en la Escuela de Enfermería, me dijeron que los tutores clínicos los maltrataban: les pegaban, les gritaban, les tiraban el pelo si no hacían bien su trabajo, si llegaban cinco minutos tarde o si hacían algo que molestara a las enfermeras. En muchos países de Europa esto es increíble, y es algo que las comunidades internacionales de enfermería no aceptan.

No nos quedamos de brazos cruzados e hicimos una pequeña investigación sobre lo que estaba sucediendo. Descubrimos que las enfermeras tenían estrés laboral debido a la falta de materiales

para trabajar correctamente, inseguridad laboral y frecuentes despidos. Además, tenían miedo de los nuevos estudiantes: mejor entrenados, mejor preparados y mayores en número. Esta es una parte de la realidad ya que hay otro aspecto: Están acostumbrados a gritarse unos a otros según la jerarquía profesional. Personalmente no sé si es parte de la cultura pero es algo que no podemos permitir que suceda con nuestras estudiantes.

Así que decidimos trabajar en equipo, en lugar de culpabilizarles.

Les preguntamos a las enfermeras el porqué de esta actitud y qué podríamos hacer como institución. Nos dijeron que estaban asustadas, que no se sentían seguras delante de los estudiantes y que querían un plan de formación continua. Además, algunas pidieron entrar en el programa que estábamos implementando en la escuela.

Partiendo de esta base hicimos un doble compromiso. Nos comprometimos a coordinar la formación continua para mejorar la práctica clínica y nos comprometimos a colaborar con aquellas que quisieran entrar en la formación superior.

A cambio pedimos mejorar las relaciones laborales con los estudiantes de enfermería, a aceptarlos como compañeros y no como una amenaza. Comenzamos con estos compromisos este año: talleres de formación para las enfermeras del hospital, y un curso preparatorio para el examen estatal de nivel que les permite acceder a la educación superior.

La segunda historia tiene que ver con la violencia de género, en la que tuvimos una actuación muy cercana. Descubrí que una de mis estudiantes, de 23 años de edad había sido víctima de violencia doméstica durante el periodo de exámenes. Su esposo le pegó por celos.

Ella es preciosa, pero le pertenece. Mis estudiantes se sienten protegidos cuando ven que

alguien se encarga de cuidarles, y en esta situación en particular, si vida privada le impedía obtener un buen rendimiento escolar.

Así que, como institución, ¿qué puedes hacer?, ¿cómo puedes resolver esta situación sin causarle más problemas?, porque debes hacer algo ¿no?, quedarse de brazos cruzados no es una opción.

Tras un intenso debate decidimos llamar al esposo. Por supuesto pedimos permiso a la chica. Tuvimos una charla con el esposo acerca de relaciones familiares, celos y futuro. Descubrimos que su deseo era que la chica terminara los estudios, trabajara y ayudara en el sostenimiento de la familia. Estuvieron enfrentando una crisis financiera debido a los estudios.

Descubrimos que él la amaba y estaba cuidando de su hijo, algo que los hombres en Sierra Leona no hacen a menos que amen a la chica. Cambiamos el enfoque del discurso y lo adaptamos a uno más simple que él pudiera entender: los celos son obra del Diablo, y todo lo que Dios quiere es una familia feliz.

Él lo entendió, están felices ahora. Ella está más concentrada en la escuela y estudiando mucho. Además recibe una beca escolar que le ayude a ser menos dependiente de él.

Estas son solo dos historias de las muchas que enfrentamos diariamente en el programa de hermanamiento. Algunas son difíciles de resolver. ¿Qué puedes hacer cuando descubres que tus estudiantes comen una vez por día y algunas veces, ninguna?

¿Qué puedes hacer cuando los ves hambrientos en las clases? Hipoglucémicos ¿Cómo vas a hablar sobre educación y comidas saludables, si muchas veces no tienen dinero para comprarlas? Pero continuamos porque somos parte de esta gran familia.

Para resumir, hay una pregunta que la gente en Sierra Leona suele hacernos:

---

**Texto texto  
común y común:**

texto común  
texto común y texto común  
común.

**LH** n.319

---

¿Por qué, si teniendo todo en tu país, vienes aquí y continúas viniendo cada año?

Hace unos meses atrás, no sabía qué responder. Ahora lo sé. Creo que mis colegas tendrán sus opiniones personales.

A mí me gustaría compartir la mía:

---

Yo coopero, participo contigo, porque me importas como persona y como comunidad; porque entiendo que cambiar las cosas no es tarea fácil y debemos estar juntos, aceptar la diferencia y comprender que podemos aprender de todo y de todos.

Y estoy aquí contigo, porque te respeto, porque tienes derechos humanos por el simple hecho de estar vivo, porque siempre defenderé esos derechos y porque eres parte de mi familia.

---

